

RICARDO PALMA Y SUS SEGUIDORES EN AMERICA

Por *Alfonso Ma. Landarech, S. J.*

QUIEN FUE RICARDO PALMA

Casi resulta superfluo decir aquí quién fue Ricardo Palma.

Nació en Lima, el 7 de febrero de 1833, y pronto empezó a brillar entre la juventud literaria de 1848, imbuida en las novedades románticas.

Su nombre queda vinculado a la historia del Perú por sus célebres "Tradiciones peruanas", género nuevo creado por él, imagen fiel y animada de lo que fue la colonia española en el Perú, desde los albores de la conquista hasta la revolución libertadora.

Alumno aventajado de la célebre Universidad de San Marcos, graduado en ella de doctor en leyes a los 20 años, se había de dedicar después casi exclusivamente a las letras.

Tras una corta actuación en la Armada y de su destierro a Chile, viaja por Norteamérica y Europa, hasta que vuelve a radicarse definitivamente en Lima.

Desempeña el cargo de senador y secretario del presidente Balta, hasta que, a raíz del fusilamiento de éste, derrocado por un golpe militar, abandona para siempre la política, para dedicarse toda su vida a la literatura, mientras con todo entusiasmo trabaja como director de la Biblioteca Nacional, que debe a Palma toda su importancia actual. Sabido es que, fundada por el general San Martín, había sido saqueada por el ejército chileno en la ocupación de Lima, para ser luego restaurada por Palma. Engrandecida año tras año, gracias a su dedicación y consagración total, se vio pronto enriquecida con un gran caudal de libros y documentos.

Un decreto del gobierno vino a nublar la felicidad del casi octogenario bibliotecario, obligándole a dejar el puesto a D. Manuel González Prada, después de haber consumido su vida como un patriarca de las letras y de la historia entre los montones de libros que él había logrado levantar.

Consolado a medias por los homenajes que se le hicieron y por los trabajos literarios que le absorbieron sus últimos años, fallecía en su residencia de Miraflores en 1919, a los 86 años de edad.

Miembro correspondiente de las Reales Academias Españolas de la Lengua y de la Historia, estuvo en España dos veces. La segunda, al ser

nombrado por su gobierno representante en las celebraciones del IV Centenario del descubrimiento de América. Con esta ocasión fue objeto de grandes homenajes de parte de las más destacadas figuras españolas literarias y políticas.

SU OBRA

Empezó a escribir desde muy joven. Inició su carrera de escritor con algunas obras dramáticas y traducciones, especialmente del francés, como "La leyenda de los siglos" de Víctor Hugo. Durante su vida de destierro en Chile, además de colaborar en "El Diablo" y fundar "La Revista de Sudamérica", publica "Anales de la Inquisición en Lima", obra que provocó fuertes polémicas en el clero. A la vuelta de su viaje por Europa publicó "Armonías", libro de un desterrado (París, 1865), y "Pasionarias" (El Havre, 1870), en que se muestra discípulo de Zorrilla, de Víctor Hugo y de Heine. La colección completa de sus poesías apareció en 1887, en Lima bajo el título general de "Poesías", y con él se cierra su época de romántico.

Aun escribió "Traducciones de Enrique Heine" (1866), "Verbos y gerundios" (1887), "Neologismos y americanismos" (1895), "Recuerdos de España" (1899), "Cachivaches" (artículos literarios y bibliográficos) (1890), "Papeletas léxico-gráficas" (1905).

Pero su obra inmortal la constituyen sin duda las "Tradiciones peruanas", escritas desde 1872 hasta 1910 y cuya última edición de la Editorial Aguilar (1952) ocupa 1796 páginas en letra pequeña y a doble columna. Gracias a ella hemos podido gustarlas ordenadas cronológicamente, desde los primeros años del descubrimiento y conquista, hasta la guerra de la Independencia.

Los primeros cronistas y los poetas e historiadores de la colonia, y sobre todo los archivos y viejos infolios que tan pacientemente revisó en sus años de bibliotecario, le dieron el material para su obra.

Todo ello, unido a la tradición oral y a la supervivencia en Lima de lo colonial en las viejas y estrechas callejuelas, en las Iglesias y en las casas blasonadas, en el ambiente de la ciudad que todavía conserva los recuerdos y objetos de su tiempo, se hace revivir tomando vida y colorido en sus famosas tradiciones. La sociedad del Perú, y especialmente de Lima, en las distintas épocas de la colonia, va pasando en un abigarrado desfile por sus páginas legendarias. Bizarros conquistadores, ávidos encomenderos, finchados virreyes, limeños y limeñas, gente de iglesia, teólogos y memorialistas, truhanes y plebeyos, todo cobra vida y animación al ser tocado con la varita mágica del fundador de las tradiciones.

Nada se escapa a su ojo avizor de artista y de crítico. Desde las calaveradas de algún virrey, hasta los crímenes de algún conquistador; desde las desgracias que asolaron en su agonía al imperio de los Incas, hasta los amores de algún oidor; desde las torturas de la Inquisición que exagera en demasía, hasta los tormentosos capítulos de monjas y de frailes. Todo, todo lo pinta con gracia, con sal ática, con cierto sabor de la época, con malicia de guasón e ironía mal disimuladas.

Ricardo Palma no prefiere los hechos grandes, ya que su misión no es hacer historia; sino lo pequeño, lo incidental, lo anecdótico, lo que queda las más de las veces entre bastidores de la historia.

EL LINGÜISTA

En cuanto al estilo de las “Tradiciones peruanas”, es simplemente pintoresco. No hay adorno en la frase ni rebuscamiento alguno. Palma escribe con naturalidad, con gracejo, como si contara cuentos a la lumbre del fogón, y usa galanamente de los arcaísmos cuando el diálogo así lo requiere.

El lenguaje de Palma es de lo más galano que se conoce. Domina los giros, los refranes, los idiotismos peruanos y españoles. Todo él rezuma un rico sabor de vino añejo. Y es que la lingüística fue siempre una de sus mayores preocupaciones: la incorporación de peruanismos, americanismos y quechuanismos al lenguaje castellano. Nos lo dice él mismo con su gracia y vitalidad inigualable:

“Nunca critico el uso de neologismos, porque siempre tuve el Diccionario por cartabón demasiado estrecho. Si para expresar un pensamiento necesito crear un vocablo, no me ando en chupaderitas y con escrúpulos: lo estampo y santas pascuas. Para mí el alma de la lengua está en la sintaxis y no en su vocabulario, y tengo por acción meritoria y de grande loa la que realizan los que con nuevas voces, siempre que no sean arbitrariamente formadas, contribuyen al enriquecimiento de aquel”. (1)

Y efectivamente a cada rato encontramos en Palma nuevas palabras, pero tan bien formadas, tan a tiempo y tan bien encajadas, que si no las usó Cervantes, a gusto las prohiaría.

“Neologismos y americanismos” y “Papeletas lexico-gráficas” dan fe de su preocupación honda y viva por el instrumento expresivo del idioma. Tal vez sea éste, el idiomático, el aspecto más peculiar de Palma, como que creemos que es el tuétano y la clave de las Tradiciones, juntamente con la gracia, desparpajo y soltura de su estilo.

“La fabla arcaísta de Palma —ha dicho Martín Adán, autor de *Lo barroco en el Perú*— es sin propio arcaísmo. Procura verisimilitud gramatical en el tiempo, según el lenguaje que se guarda escrito; y no lo procura austeramente: mil veces fracasa como queriéndolo y reincide como embromado. No era arcaísta metódico ni por la letra ni por el asunto, sino arqueólogo entusiasta, suspicaz y satisfecho. Amaba lo antiguo con gusto y criterio y sin pasión alguna. (2)

De dos grandes escritores puede decirse que han sido maestros de estilo en Hispanoamérica: Juan Montalvo y Ricardo Palma. El uno fue todo fuerza; el otro es todo gracia; y ambos han trabajado primores en la lengua castellana. (3)

Palma nació con vena de pintor, con ingénita vis cómica de observador perspicaz, con arte innato para ver el lado ridículo y débil de la vida. A esto se añadió un estilo limpio y castizo, de una sencillez difícil de imitar.

“En cuanto a los recursos de lenguaje con que cuenta Ricardo Palma —ha dicho N. Bolet Peraza— ¿se quiere saber hasta dónde posee él y domina el idioma? No hay más que darle un puñado de vocablos recogidos en el arroyo, los más prosaicos y ruines, de esos que el vulgo encanalla con su hablar pedestre; y al punto se verá cómo el mago los incrusta, los combina, los dignifica y les da viso, haciéndolos entrar en su debido puesto en la hermosa escala de tonos de una frase hábilmente graduada de colores. (4)

EL TRADICIONISTA

Tanto los críticos españoles, como los hispanoamericanos, convienen en exaltar las tradiciones de estricta índole histórica y nacional que trasuntan gracia criolla y levedad limeña.

En realidad hay un Palma nacional, peruanísimo, criollo y limeñista; sin embargo hace notar Clemente Palma que esto viene a ser un recorte de su talento, que hubiera estado mejor empleado en un tema de carácter más universal:

“Sin dejar de admirar la labor de mi padre y sentir toda la grandeza de su volumen mental, me imaginaba que mayor y más alto vuelo habría tenido su talento dedicado a otro orden de especulaciones más concordes con la evolución del arte y del pensamiento filosófico”.

Quizá no ande muy lejos de la verdad este juicio de su hijo, porque la inteligencia de D. Ricardo, el sentido de su intencionada sátira, su fina observación, están patentizados en sus mejores páginas, que rebasan el asunto local y el tema del país y superan la anécdota y el pintoresquismo, para darnos a conocer al pensador penetrante. Palma prefirió aparecer como el intérprete de su pueblo, más bien que el de su época, aunque también lo fue.

El siglo XIX parece haber sido el siglo del costumbrismo y del realismo. Palma, figura señera de este gusto, parece pertenecer por entero a él.

Con todo, la referencia al país, es constante en las páginas de las Tradiciones. Por ellas desfilan los asuntos y temás más diversos: el paisaje, las gentes de toda condición, las costumbres, los giros idiomáticos; lo humano, lo histórico, encuadrado en lo geográfico y arqueológico.

Podría decirse que desde la colonia hasta nuestros días no se ha dado una obra de tal enjundia, considerada la historia como la consideraban los clásicos, mezcla de arte y realidad.

Algunos de estos personajes parecen tener más recia personalidad que en la historia misma, que parece una suplantación de las tradiciones. Almagro y Pizarro son prodigios en la pluma de Palma. Francisco de Carvajal es único en su especie. Los virreyes, los preladados, la nobleza, el pueblo, las creencias, las costumbres, todo eso, confundido y animado, lo retrata Palma con una naturalidad pasmosa.

Veamos ahora lo que piensa el autor de sus Tradiciones, de este género que ha hecho a Ricardo Palma famoso en todo el mundo.

“En el fondo, las tradiciones no es más que una de las formas que puede revestir la historia, pero sin los escollos de ésta. Cumple a la historia narrar los sucesos secamente, sin recurrir a las galas de la fantasía, y apreciarlos, desde el punto de vista filosófico social, con la imparcialidad del juicio y elevación de propósitos que tanto realza a los historiadores modernos Macaulay, Thierry y Modesto Lafuente. La historia que desfigura, que omite o que aprecia los hechos que convienen o como convienen; la historia que se ajusta al espíritu de escuela o bandería, no merece el nombre de tal. Menos estrechos y peligrosos son los límites de la tradición. A ella, sobre una pequeña base de verdad, le es lícito edificar un castillo. El tradicionista tiene que ser poeta y soñador. El historiador es el hombre del raciocinio y de las prosaicas realidades”. (5)

Así define el mismo Palma el género creado por él en una carta al poeta argentino Rafael Obligado:

La tradición es romance y no es romance; es historia y no es historia. La forma ha de ser ligera y recogida; la narración rápida y humorística.

Me vino en mientes platear píldoras y dárselas a tragar al pueblo, y no andarme con escrúpulos de monja boba. Algo y aun algo de mentira, y tal cual dosis de verdad por infinitesimal que sea: mucho de esmero y pulimento en el lenguaje: y cata la receta para escribir tradiciones. ¿Qué es pues tradición? No es historia y es historia; no es verdad ni es mentira; no es imaginación ni es realidad. La tradición tiene un punto de arranque que es verídico. El círculo cuyo centro es un hecho cierto y cuyos radios y hasta la circunferencia, son o hijos de la fantasía, o exageraciones de la imaginación popular o creaciones del artista.

Aunque no pretenda enseñar historia, lo hace insensiblemente y con agrado. En este sentido puede decirse con verdad que las tradiciones de Palma han enseñado más historia colonial y peruana que muchos libros de historia que no tenían otro fin. Palma cuenta con frecuencia historietas y anécdotas que no se encuentran en los historiadores y que nos parece oírse las contar a él mismo. Rara es la tradición que no signifique un esfuerzo de análisis o que no haya requerido un gran esfuerzo histórico.

En este género no tiene predecesores ni rivales. Encontró el filón por una revelación de su ingenio que anhelaba asignarse un campo propio y lo halló en las tradiciones. Allí estaban los filones de rico metal, pero había que descubrirlos, trabajarlos, modelarlos, abrillantarlos en forma artística. Por eso toda su vida la dedicó a revolver archivos, a descubrir leyendas, a hurgar en la tradición viva de su pueblo y en la muerta de los legajos de las bibliotecas. Y de allí fueron saliendo, con su atuendo de antes y la vida que les acababa de dar Palma, todos los personajes del antiguo Perú. El mérito está, no sólo en dar con el filón, sino en trabajarlo con el prodigioso instrumento de su estilo, en pintar y resucitar las costumbres en un cuadro vivo, en delinear viñetas coloridas y poner delante de nuestra vista las cosas inanimadas, los hombres y los tiempos idos. Por ellas desfila todo un siglo.

¿HISTORIADOR?

Palma no es un historiador crítico. Ni ha pretendido serlo. Ha tomado de la historia lo humano, lo poético, lo sustantivo, dejando a un lado lo contingente, lo que está condenado al olvido, al trabajo del especialista, o a los textos didácticos, muchas veces aburridos y sin interés. Palma toma de un legajo, de un libro viejo de la biblioteca, o recibe de labios de la gente un dato curioso, lo encuadra en la época, lo revive y nos lo da con toda la fuerza de un hecho histórico, pero con la peculiaridad de que por su amenidad y gracia en el relato no se nos olvida jamás.

Esto no quiere decir en absoluto que Palma desconozca la historia. Palma ha consultado como nadie textos, documentos y manuscritos que sólo él, como bibliotecario perpetuo y bibliófilo empedernido, ha podido leer.

El fin que se ha propuesto, y, a nuestro juicio, lo ha conseguido plenamente, es el de haber embellecido la historia, volviendo a la manera de escribirla de los griegos, latinos y clásicos de la Edad de Oro, idealizándola, según las tendencias del siglo en que vivió.

Predominaba entonces una historia fría de fechas y datos y el público esperaba más el espíritu que la materialidad de los hechos. De ahí el contraste que ofrece Palma, historiador literario y de imaginación, con el resto de los de su tiempo. Un artista, como lo es Palma, no escribe nunca como un historiador científico. El adorna el relato, lo viste con las galas de la fantasía y el adorno del lenguaje. A cada uno lo suyo. Con todo, las Tradiciones de Palma, sin ser ni pretender ser una historia metódica del Perú, tienen las dimensiones de una restauración histórica animada por la gracia y el ingenio de una poderosa capacidad de resucitar el pasado.

SEGUIDORES EN AMERICA

Palma ha formado escuela.

En Chile, Miguel Luis Amunátegui publicó un volumen de este género con el título de "Narraciones"; Benjamín Vicuña Mackenna ha publicado un libro con iguales tendencias; Manuel Concha ha dado a luz sus "Tradiciones Serenenses". El mismo nos habla de Enrique del Solar Marín, del citado Amunátegui y del uruguayo Francisco Escardó como seguidores suyos. Idéntica trayectoria siguieron los mejicanos Vicente Riva Palacio, Luis González Obregón, Juan de Dios Peza y Artemio del Valle Arizpe; los guatemaltecos Manuel Diéguez, Juan Fermín Aycinena, Radamés, Antonio Batres Jáuregui y, el más notable de todos, Agustín Mencos, de quien, por ser centroamericano, diremos al final alguna palabra; los colombianos Capella Toledo, Camilo Delgado, Manuel J. Forero y Enrique Otero Costa; el cubano Alvaro de la Iglesia, y el portorriqueño Cayetano Coll; los argentinos Justo Pastor Obligado, Bernardo Frías y N. Echagüe; el uruguayo Isidoro de María; los chilenos, además de los antes citados, Vicente Pérez Rosales, Justo Abel Rosales, Daniel Riquelme, Aurelio Díaz Meza, y el boliviano Julio L. Jaimes.

En el Perú, como es natural, la escuela palmista es considerable. Se pueden citar los nombres de José Antonio Lavalle, Clorinda Matto de Turner, José Gálvez y Genaro Herrera. Pero antes de terminar digamos algo de los guatemaltecos José Batres Montúfar y Agustín Mencos Franco.

JOSE BATRES MONTUFAR Y SUS TRADICIONES DE GUATEMALA.

Sean nuestras últimas palabras para dos centroamericanos, guatemaltecos ambos: José Batres Montúfar, "la verdadera gloria de Guatemala", como lo apellida Menéndez y Pelayo, y Agustín Mencos Franco, tradicionista de pura cepa también.

Nace Batres Montúfar en la ciudad de San Salvador, el 18 de marzo de 1809. Hijo ilustre de dos aristócratas guatemaltecos de la Antigua, don José Mariano Batres y Asturias y doña Mercedes Montúfar y Coronado, le tocó nacer en esta capital, por desempeñar su padre a la sazón el cargo de Ministro Contador de las cajas de Fernando VII en San Salvador, parte entonces integrante de la Capitanía General de Guatemala.

Trasladado muy joven, en época aciaga a Guatemala, obtiene el título de Subteniente de Artillería, después de cursar brillantemente la carrera militar con un tío suyo, el General Manuel Arzú, en la incipiente Academia Militar instalada en uno de los salones del Palacio Nacional.

Aficionado desde temprana edad a las letras, lee sin descanso a los cronistas de la colonia, a Cervantes, los romanceros españoles, aprende el latín, el francés, el inglés y el italiano y se absorbe en la lectura de Horacio, Dante, Petrarca, Shakespeare, Byron, Rousseau, Voltaire y sobre todo Casti, que tanto influjo había de tener en sus famosos cuentos, que él llama, sin duda por ironía, Tradiciones de Guatemala.

De toda la obra del poeta burlón guatemalteco, son estos tres cuentos picarescos: "Las falsas apariencias", "Don Pablo" y "El reloj", los que le han dado verdadera fama.

"Batres debe su gloria, no a sus escasos versos líricos que, sin ser despreciables, nada tienen de particular (exceptuando, si acaso, por su carácter íntimo, el famoso "Yo pienso en ti", que quizá ha sido elogiado en demasía), sino a tres cuentos alegres y livianos, que llamó sin duda por broma "Tradiciones de Guatemala," y que en realidad son casos de crónica escandalosa que pueden ser de cualquier país y tiempo. (6)

Están escritos al fin de la vida azarosa del autor. Quizás en sus amarguras en vez de llorar, quiso reírse como Palma de su propio pueblo.

Las Tradiciones de Guatemala, aun en forma de cuento, aparecen como retazos de la colonia, llenos de gracia y humor que él supo vaciar en unos versos que nos sorprenden por su soltura y donaire.

Los tres protagonistas son imborrables y pudiéramos decir que han pasado a la historia, no como traiciones, sino como personajes de carne y hueso, y que es un mundo real el que revive en sus relatos maliciosos. Tal es el soplo vital que ha sabido infundir en "Don Pablo", a Don Pascual del Pescón, en "El reloj" al bigotudo Don Alejo y en "Las falsas apariencias" a un Don Juan que bien pudiera ser el de Zorrilla o el de Byron en una aventura más.

El teatro donde se mueven no es un tinglado de farsa, sino el mundo real de una época muerta en el tiempo, pero que el poeta ha sabido resucitar con la fuerza evocadora de sus tradiciones. (7)

AGUSTIN MENCOS FRANCO, CONTINUADOR DE PALMA.

Nació en la ciudad de Guatemala. Estudió las primeras letras en la Universidad de San Casiano. Continuó sus estudios en el Colegio de Infantes, hasta obtener el título de bachiller, y más tarde, el de abogado en la Facultad de Derecho. Después de haber sido colaborador del Diario Oficial, moría el 17 de octubre de 1902.

Escribió: "Rasgos Biográficos de Francisco Morazán", "Crónicas de la Antigua Guatemala", "Don Juan Núñez García", novela histórica, "Literatura Guatemalteca", incompleta, y otras obras más que dejó así mismo sin terminar.

Miembro Correspondiente de la Real Academia Española, debe este honor a su estilo castizo. Como crítico, casi ninguno le ha superado en su país.

Pero en lo que se ha distinguido sobre todos los demás, es en sus "Crónicas de Guatemala" imitación del género creado por Palma. Oigámosle a él mismo:

"Mi objeto al escribir estas "Crónicas de la Antigua Guatemala" ha sido únicamente salvar del olvido algunas de nuestras viejas e interesantes tradi-

ciones que están próximas a desaparecer, ya porque se van olvidando las transmitidas de viva voz, ya porque, salvo algún erudito, nadie lee historias coloniales en que constan algunas de ellas. (8)

El material, pues, de sus tradiciones lo ha ido recogiendo, ya de los cronistas antiguos, ya de su mismo pueblo que las ha ido repitiendo de viva voz, de generación en generación.

Estas crónicas fueron saliendo periódicamente en el diario "La República" y más tarde han sido editadas dos veces en un pequeño volumen.

En ellas quiere mostrarse discípulo aventajado de Palma, y en algunas tradiciones o crónicas como las llama él, su parecido es claro. En todas ellas el género creado por Palma es inconfundible y se adivina el empeño de imitar los dichos, la gracia y el bien decir e ironía de su modelo.

En lo que sí se ha mostrado Mencos originalísimo es en las alusiones, que, a manera de lección o moraleja, aplica a las costumbres actuales, principalmente al partido liberal que entonces mandaba.

Don Valero Pujol escribía de él con ocasión de su muerte: "En lo aplicado, en lo investigador y en lo curioso, pareciase a Menéndez y Pelayo, su arquetipo, y, como él, miraba al pasado, doliéndose de los vicios del presente. (9)

Dejando a un lado esta comparación, un tanto hiperbólica, subrayamos lo acertado de la consideración última. Porque Agustín Mencos se sirve de una ironía verdaderamente mordaz al hacer referencia a los tiempos de la colonia y compararlos con los de su tiempo que los encuentra inmensamente peores, precisamente en achaques de libertad, que es en lo que más parecen gloriarse. Un ejemplo nada más:

"Bien se conoce que aquellos pobres frailes dominicos no eran gente culta y civilizada como nosotros; porque en vez de ir a cazar a los indios a los bosques, para hacerles trabajar como bestias en las fincas de café, se empeñaban en sacarlos de los montes para congregarlos en pueblos, enseñarles las artes útiles y reducirlos a la vida civil. Bien se conoce, digo, que no nacieron en el siglo de la libertad y de la luz; porque en vez de obligar a los descendientes de Tecún Umán a empuñar el fusil para matar a sus hermanos o el látigo para vapulear a los pícaros que se oponen al reinado de la democracia, se afanaban los muy tontos en poner en sus manos dos armas eminentemente retrógradas: el libro, para que fuesen hombres útiles; la cruz, para que fuesen hombres buenos": (10)

La ironía en vapulear al gobierno o a los liberales es frecuente. Los giros y modismos son netamente guatemaltecos y el estilo del que cuenta una anécdota o una conseja, apropiadísimo.

Para terminar este trabajo sobre Ricardo Palma y sus seguidores no queremos pasar por alto su fobia contra los jesuitas. Ya Valera lo había hecho notar antes: "Sólo me pesa el aborrecimiento de usted a los jesuitas, y lo mal que los quiere y trata". (11)

(1) Prólogo a la Edición Aguilar, Madrid, 1953, p. XXXI.

(2) Edith Palma, nieta del autor.

(3) *Mis últimas Tradiciones peruanas*, N. Bolet Peraza, Nueva York, 1894, p. 9.

(4) N. Bolet P., Oc. p. 12.

(5) Edith Palma, Edición Aguilar, 1953, p. XXXI.

(6) M. y P. *Historia de la Poesía Hispanoamericana*, t. I p. 194, Madrid 1911.

- (7) Puede consultarse nuestro artículo "Humorismo e ironía de José Batres Montúfar", ECA, n. 98, pág. 524 y siguientes.
- (8) A.M.F., *Advertencia*, Guatemala, 20 de Septiembre de 1894.
- (9) Citado por Nicolás Reyes O. *Al oído del lector*, Guatemala 12 de Octubre de 1949.
- (10) *Crónicas de la Antigua Guatemala*, p. 80.
- (11) Juan Valera. *Cartas Americanas*, A. D. Ricardo Palma, Apéndice a *Mis Ultimas Tradiciones peruanas*, p. 10, Barcelona